

ESCENA XVI

Dichos, EL PADRE PRIOR

PRIOR. (*A don Juan.*) Novicio, seguidme.

CARL. ¿Dónde, pues?

PRIOR. Incomunicado. Acabo de recibir esta orden: quien la trae da dos horas de descanso á los caballos, y ha de volverse con don Juan para otro monasterio.

JUAN. ¡Conmigo!

CARL. (*Calmandole.*) ¡Paciencia! ¡resignación!

PRIOR. Por lo que hace á vos, señor don Rodrigo, varios caballeros os esperan á las puertas del monasterio: no sé qué palabras oí del alcázar de Segovia.

ROD. ¡El alcázar!

CARL. (*A don Rodrigo.*) Señor don Rodrigo, la jornada será buena.

ROD. Ya lo sé. (Ayer entre dos hermanos, hoy entre un padre y un hijo. ¡Maldito secreto!)

CARL. Quedaos ahora.

ROD. No deseo otra cosa.

PRIOR. Don Juan, obedeced.

JUAN. ¿Sufriréis, reverendo padre?...

CARL. Fuerza es sufrir lo que no puede impedirse. Obedeced, don Juan. (*Bajo, apretándole la mano.*) No perdáis la esperanza.

JUAN. Toda la pongo en vuestra reverencia.

PABLO. (*Mientras que don Juan sale.*) ¡No pudiera venir en peor sazón el padre prior!

ESCENA XVII

CARLOS V, DON RODRIGO, PABLO

CARL. ¿Un obstáculo os abate, don Rodrigo? A mí me despierta, me estimula. Paréceme ya ser otro.

PABLO. ¡Cómo se mueve! ¡Cómo anda! ¡Ha olvidado la gota!

CARL. Lucharé, triunfaré. Don Rodrigo, no sois el que erais. ¿Tenéis miedo? Quien piensa en el vencimiento está ya medio vencido. (*Bajo.*) ¿No perdíamos las primeras tres horas la batalla de Pavía? Y con todo... (*Con impaciencia.*) No tengo más que dos horas. ¡Esta cabeza otro tiempo tan fecunda! (*Se sienta.*) ¿No podrá inventar ya nada?PABLO. (*Retirando la escala de la ventana.*) La comunidad baja á la huerta. Los padres se encaminan á la sala de capítulo para la

elección. ¿No ha de asistir vuestra reverencia?

CARL. ¡Silencio! ¡Dejadme en paz con vuestra elección! (*Levantándose.*) ¡Ah! ¡Por vida mía! Doy en ello. Ese prior manda. ¡Y si pudiese yo mandar á mi vez! (*Alto.*) Don Rodrigo, ¿os acordáis de cierta elección que metió algún ruido en el mundo?

ROD. ¡Mal pudiera olvidarla, aunque no fuese sino por las cartas que en aquella sazón escribí, sin contar con las posdatas!

CARL. Eso es precisamente lo que vais á volver á hacer. Presto, acercaos á esta mesa.

PABLO. (*Mirando por la ventana.*) Se dividen en corrillos. Lo menos tienen aún para media hora de intrigas antes de entrar.CARL. (*Tomando plumas y papel.*) ¿Media hora?

PABLO. Mi tío grita, el padre Timoteo predica como un pico de oro, y el padre prior, para ser reelegido, da su bendición á todo el mundo.

CARL. Presto, novicio, aquí; con la mejor letra posible...

PABLO. (*Una rodilla en tierra, pronto á escribir sobre un misal.*) Ya estoy.CARL. Y yo... (*Buscando donde ponerse, y colocándose por fin en el reclinatorio.*) Yo allí. ¡Atención! Empiezo á dictar. A tí, Pablo, para el padre Timoteo. «Mi muy elocuente amigo.» A vos, Rodrigo, para el padre procurador. «Muy reverendo padre.» (*Escribiendo él mismo.*) «Mi muy caro padre lector.»

PABLO. Ya está. (Mal año, si sé dónde va á parar.)

CARL. (*A Pablo.*) «Apruebo la santa ambición que manifestáis de predicar delante de la corte y duéleme haberme de resignar voluntariamente á perder el fruto de vuestras edificantes pláticas.» (*A don Rodrigo.*) «Varias veces me habéis ofrecido vuestro voto, y los de vuestros amigos: si yo creyese perjudicar en lo más mínimo á nuestro buen prior aceptándolos, los tornaría á rehusar, pero...»

ROD. Demasiado de prisa, reverendo padre, demasiado de prisa.

CARL. ¡Pobre don Rodrigo! está gastado.)

PABLO. «Edificantes pláticas.»

CARL. (*A Pablo continuando la suya.*) «Si la comunidad me confriese hoy, merced á vuestro voto y á los de vuestros parciales, una autoridad que me permitiese disponer de vuestra reverencia para enviarlo

á la corte, podríais contar en ella con mi apoyo.»

PABLO. (*Escribiendo.*) (¿Querrá ser prior?)

ROD. «Tornaría á rehusar, pero...»

CARL. «Pero algunos votos favorables en el primer escrutinio me serían ocasión de gran contento, sin perjudicar por eso, Dios me libre, á la elección del más digno. Vuestro mejor amigo.» ¿Estáis ya, novicio?

PABLO. Ya espero.

ROD. (Ya está en su elemento. ¡Tres cartas á la vez!)

CARL. «Privar al rey, padre Timoteo, de un ingenio como el vuestro fuera pecar; quiero más hacer doblemente penitencia pasando toda una cuaresma sin oiros.»

PABLO. ¡Esa frase ha de llegarle al alma!

CARL. Escribe, escribe. (*Leyendo la carta que acaba de escribir.*) «Mi muy caro y muy reverendo padre lector: voy á ser franco con vos, que sois la franqueza misma. Quiero ser prior. Os pido, pues, vuestro voto y el de los amigos de que disponéis, en nombre del novicio que os ha de entregar estas letras. Vos conocéis á su padre y yo también. Remolcad, pues, mi galera á buen puerto, ó vive Dios que echo á pique la vuestra. Siempre monje, hablaré: prior, os juro secreto. Con esto, caro lector, buen viento, y Dios salve el honor de nuestro pabellón.» (*Corriendo hacia Pablo.*) Dame que lo firme, y pliega esa carta.

PABLO. ¡Oh! yo os fio que tendréis esos votos; pero si vuestra reverencia hace pasar á su bordo á mi tío con toda su tripulación, el triunfo ha de ser completo.

CARL. (*Alegremente.*) En el cual habréis tenido, novicio, más parte de la que pensáis.

PABLO. ¡Ah!

CARL. Porque vais á ser mi mensajero para con él.

PABLO. No haga tal vuestra reverencia: ved que no gusta de los novicios.

CARL. No importa: llevadle esas letras.

PABLO. Al punto.

CARL. Y deslizada la que habéis escrito en la manga del padre Timoteo.

PABLO. Entiendo.

CARL. Averiguad de paso dónde está don Juan.

PABLO. (*Enseñándole la llave.*) Más que eso he de hacer.

CARL. ¡Presto! ¿Pero vais saltando? Hermano Pablo, vuestra misión es grave.

PABLO. (*Devotamente, y cruzando los brazos sobre el pecho.*) El espíritu del Señor sea con vos, reverendo padre.

CARL. (Está visto: he de volverle hipócrita. De eso habré de acusarme.)

ESCENA XVIII

CARLOS V, DON RODRIGO

ROD. Ved aquí mi carta. (*Carlos la firma.*) ¿La cierro?

CARL. Todavía no. «Post-scriptum...»

ROD. ¡Ah!

CARL. «El cardenal secretario de Estado acaba de poner á mi disposición el capelo vacante en el sacro colegio. He oído encarecer los merecimientos y virtudes de vuestro pariente el obispo de Segorbe. Haced que nos veamos después de la elección.»

ROD. Un post-scriptum como los de aquellos tiempos.

CARL. ¿Me reconocéis, don Rodrigo?

ROD. ¿El sobre?

CARL. No hay para qué. Buscad al padre procurador, y entregadle vos mismo ese pliego.

ROD. (*Con inquietud.*) Yo, señor...

CARL. ¿No sabéis que los que os han de prender no han entrado en el monasterio?

ROD. Cierto. Ese era mi pensamiento. Siempre me ha adivinado vuestra reverencia. Obedezco.

ESCENA XIX

CARLOS V

¡Animo, mi antiguo consejero! ¡Alerta, mi buen paje! Ya están en campaña mis estafetas tras un priorato, como en otro tiempo tras un cetro de emperador. ¡Extraño caso! La elección de algunos monjes en un monasterio de Extremadura no me había agitado menos que la de mis electores coronados en la gran dieta de Francfort. Pero devolver la libertad á mi hijo, y devolvérsela por sólo el esfuerzo de mi voluntad, esa sería la mejor de mis victorias. (*Acercándose á la ventana.*) Pablo, Pablo, ¿llegaréis tarde? No, ya está. Detiene al padre Timoteo tirándole de la manga. Este ya es mío. No puedo decir otro tanto de nuestro incorruptible padre procurador. ¿Y el padre Lorenzo? ¿Cederá? Dudo... mi corazón quiere salir del pecho, mi sangre hierve.

ESCENA XX

CARLOS V; PABLO sin aliento

- CARL. ¿Y bien? ¿Habéis visto al padre Timoteo?
- PABLO. Leyó vuestras letras, díome un golpecito en la mejilla, y me añadió dulcemente: *Soy suyo, enteramente suyo, hijo mío.*
- CARL. ¿Y vuestro tío?
- PABLO. ¡Oh! no bien hubo leído se volvió rojo como la lumbre; miróme de través...
- CARL. ¿Qué más?
- PABLO. Por ese lado nada. Hizo añicos el papel. «He ahí, añadió con voz de trueno, he ahí mi respuesta, instrumento de corrupción.» Y acabando con una blasfemia, reverendo padre, que no osaré repetiros, fuése furioso á escribir su voto.
- CARL. (¿Resistirá? Todo el éxito pende de él.) *(A Pablo.)* ¿Y don Juan?
- PABLO. Al ruido que hacía por evadirse he descubierto su prisión. ¡Cric, crac! la puerta se abre, y echamos á correr los dos; ahí está, en mi celda; pero sin hábito ya, padre, hecho añicos... no le gustan los hábitos.
- CARL. ¡Que venga, Pablo, que venga!
- PABLO. *(Desde el fondo.)* ¡Don Juan, don Juan!
- CARL. Por mi parte he usado de todos los medios: amenazas, promesas, toda la gruesa artillería de un día de elección.

ESCENA XXI

Dichos, DON JUAN

- JUAN. ¿Será cierto, padre mío? ¿No me ha engañado Pablo? Cuando yo fío en vos mi libertad, ocupa todo vuestro pensamiento la elección de un prior.
- CARL. ¿Me culpáis, don Juan? Así juzga el mundo. Pablo, alcanzadme esa espada.
- PABLO. *(Saltando sobre un sitial.)* ¡Jesús! ¡cuán pesada!
- JUAN. *(Desenvainándola.)* Para tu mano, niño, mas no para la mía.
- CARL. Creo en efecto, hijo mío, que vuestro brazo sabrá honrarla en el peligro.
- JUAN. ¡Contra un ejército entero!
- CARL. *(Cogiéndola.)* Esta arma, don Juan, es harta más preciosa de lo que pensáis: es un presente de ese emperador que vino á morir aquí debajo de un hábito que hubiera sin duda destrozado, como vos, á vuestra edad.

- JUAN. ¡De Carlos V! ¿Vos erais su amigo? Murió acaso en vuestros brazos?
- CARL. Húbola por derecho de conquista del rey Francisco I en una jornada bien gloriosa para las armas españolas.
- JUAN. ¡La espada de Francisco I! ¿Y pudierais desprenderos de ella?
- CARL. ¿De qué utilidad puede serle á un monje?
- JUAN. ¡Y en obsequio mío!
- CARL. Con ciertas condiciones que aquí para ante Dios habéis de jurar cumplir. *(Presentándole la espada desnuda para recibir su juramento.)* ¿Juráis no desenvainarla en causa vuestra, sino en legítima defensa; juráis que no se vea desnuda sino por orden de vuestro soberano, y que caerá de vuestras manos á su primera indicación; juráis, en fin, que no se verá teñida jamás sino en la sangre de los enemigos del rey y de la monarquía; juráislo así, don Juan?
- JUAN. Lo juro.
- CARL. Si así lo cumplieréis, Dios os lo tenga en cuenta. Vuestra es, don Juan; ¡presiento que ha de ganar batallas en vuestras manos!!
- JUAN. *(Con la espada en la mano.)* ¡Yo haré verdadera vuestra predicción!!!

ESCENA XXII

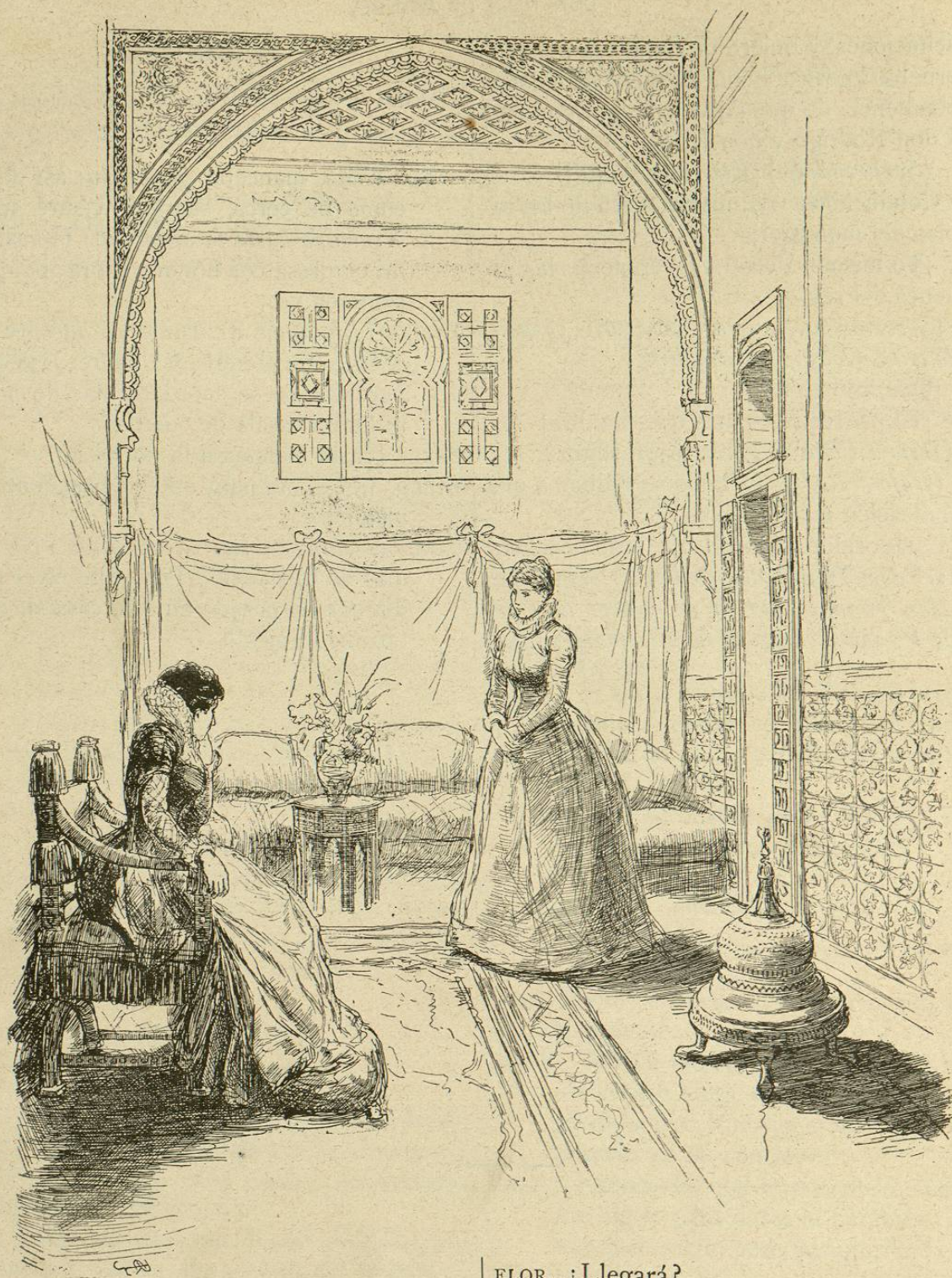
Dichos; DON RODRIGO, después EL PRIOR

- ROD. ¡Una mayoría victoriosa! ¡una elección completa!
- CARL. ¡Alegre nueva, que no pudiera traerme mensajero ninguno más agradable! *(Bajo.)* ¿Sabéis, don Rodrigo, que aun pudiera yo triunfar en un cónclave?
- ROD. (Fuerza era que le ocurriese.)—El prior me sigue para daros el parabién, y resignar, mal que le pese, su autoridad en vuestras manos.
- PABLO. Me ha cogido mis naranjas, y yo le he cogido sus votos.
- CARL. *(A don Rodrigo.)* Tened presentes mis últimas instrucciones: no dejéis un punto solo á don Juan; sed su sombra; es servicio que de vos reclama mi antigua amistad.
- ROD. ¿Podéis dudar de mi lealtad?
- PRIOR. *(Entrando.)* Huélgome, reverendísimo padre, de ser el primero en daros el parabién: vuestra elección me colma de contento, y desde este punto juro obediencia á mi prior.
- CARL. Sé, padre, cuán sinceras son vuestras fe-

ESCENA XXIII

CARLOS V, vueltos los ojos hacia la puerta por donde acaba de salir DON JUAN; PABLO

- CARL. Anda, mancebo generoso; así de lejos, como de cerca, siempre velaré sobre tí. *(Viniendo hacia la orquesta.)* He salido de mi empresa con honor. Ahora abdiquemos segunda vez.
- PABLO. *(Juntando las manos en ademán de súplica.)* Reverendísimo padre, ¿vuestra reverencia no se acordará más de mi llave ni de mi escala de cuerdas?
- CARL. Hasta mañana á la noche no.
- PABLO. (¡Mal año para mí si me encuentra aquí mañana!)
- CARL. *(Dejándose caer en un sillón.)* No puedo más de cansancio. ¡Pero este es el primer día que he pasado en esta casa sin consultar mis relojes!!!
- licitaciones, y quiero desde ahora poner á prueba vuestro buen celo y esa misma obediencia de que dais ejemplo. Conducid á don Rodrigo y don Juan.
- PRIOR. *(Sorprendido.)* ¡Este mozo aquí!
- CARL. Conducidlos vos mismo fuera de las tapias del monasterio.
- PRIOR. ¡Yo mismo! Vuestra reverencia... las órdenes del rey...
- CARL. *(Severamente.)* Reverendo padre, *(yo mandado aquí.)* *(El prior se inclina.)*
- JUAN. ¡Qué injusto fui!
- PABLO. ¡El padrecito es más que hombre!
- ROD. *(Bajo á Carlos.)* ¿Sois prior, señor?
- CARL. *(Bajo á Rodrigo.)* Todo se reduce á una abdicación más ó menos.
- ROD. (Está poseído del espíritu de la abdicación.)
- PRIOR. *(A don Juan y don Rodrigo.)* Seguidme. *(Don Juan se arroja en brazos de Carlos V; don Rodrigo le besa la mano y sale.)*



ACTO CUARTO

En casa de doña Florinda. Decoración del segundo acto. Una mesa en que arden dos bujías

ESCENA PRIMERA

DOÑA FLORINDA, sentada, apoyada la cabeza en la mano;
DOROTEA, mirándola al entrar

DOR. Duéleme verla. Si esos inquisidores fuesen hombres, tendrían lástima de ella, pero son tigres.

FLOR. Don Juan lo ignora. Eso será menos desdichado. (*A Dorotea.*) ¿Y mis letras?

DOR. Partieron: el mensajero galopa á rienda suelta camino de Yuste.

FLOR. ¿Llegará?

DOR. ¿Por qué no?

FLOR. ¿Sabemos por ventura el nombre que tomó en ese retiro?

DOR. Pero el sobre lleva el suyo. ¿Quién no conoce á Carlos V?

FLOR. Cedió á tus ruegos, Dorotea; creíste que, movido de su antigua afición al padre, había de interesarse en la suerte de la hija huérfana y perseguida...! Quiero dejarte tus esperanzas.

DOR. A no tenerlas, ¿cuál fuera mi consuelo? ¿Quién pudiera desarmar á ese tribunal terrible, que os citó?

FLOR. Sosiégate, Dorotea. Tengo un protector que quiere conducirme él propio á los pies de mis jueces, y asistirme con su favor.

DOR. Sí; ese personaje misterioso que se presentó aquí de parte de Su Majestad y del conde de Santa Fiore, y que sólo á vos quiso descubrirse...

FLOR. Cuando bajaste, aun no había venido.

DOR. Yo dí orden de que le introdujesen en llegando; mas ningún rumor se oye en la calle. ¿Quién se creería en Toledo? ¿Qué pesada calma! Ni un soplo de viento que refresque el ambiente.

FLOR. Dices bien. Abre, Dorotea, las celosías.

DOR. ¿Las de la calle?

FLOR. No; las del jardín. ¿No te acontece á veces, Dorotea, que un rumor vago, un soplo de viento despierte en tí recuerdos, impresiones pasadas de placer ó de pena?

DOR. Va que acierto en quién pensáis...

FLOR. ¡Grande esfuerzo por cierto! Nunca pienso sino en él; mas ya jamás le veré.

DOR. ¿Por qué? ¿No prometió ese cortesano en quien fiáis devolveros á mis brazos?

FLOR. ¡Silencio! ¡Él es! ¡Valor, corazón!

DOR. ¿Tembláis?

FLOR. ¡Oh! no. Estoy tranquila.

DOR. Mis recelos se despiertan.

ESCENA II

DOÑA FLORINDA, DOROTEA, DON PEDRO GÓMEZ
GÓMEZ. Llego, señora, á punto.

FLOR. Yo hubiera dicho, señor don Pedro, que os hicisteis esperar.

GÓMEZ. Nada temáis. El protector poderoso que os nombré no os ha de abandonar.

DOR. ¿No he de poder acompañarla?

GÓMEZ. No ignoráis la severidad del tribunal.

DOR. ¡Oh! ¿Pero me la devolveréis, no es verdad, como lo prometisteis?

GÓMEZ. Y presto. Os lo torno á prometer.

FLOR. El manto, Dorotea.

DOR. (*Poniéndole el manto.*) ¡Quién pudiera seguirlos!

GÓMEZ. (*La jactancia de tal conquista no ha de poder nada con ella, pero el temor...*)

FLOR. (*Despidiéndose.*) ¡Dorotea!!!

DOR. (*Acompañándole, le besa las manos.*) ¡Hija mía!!!

ESCENA III

DOROTEA, después DON JUAN

DOR. ¡Oh! ahora al menos puedo maldecirlos á

ellos y á su raza sanguinaria, y maldecir sus leyes, su tribunal, sus verdugos. ¿Qué hicimos para que nos tratasen de esa suerte? ¿Es esa, sectarios del Cristo, vuestra santa, vuestra dulce religión? Horas tengo en que quisiera tenerlos á todos en mi mano. No sería más que una justa venganza. ¿Quién pudiera ser generosa con ellos? Con ninguno. ¿No son todos igualmente sanguinarios? ¡Ah! cristianos...

JUAN. (*Saltando por la ventana del jardín.*) Menos uno, supongo.

DOR. (*Dando un grito.*) ¿Sois vos, señor don Juan? Habéisme asustado. ¿Vos aquí, y de esa suerte?

JUAN. De la única que pudiera venir sin riesgo de encontrar importunos. Por la tapia del jardín: felizmente no es elevada.

DOR. ¡Dios de Israel!

JUAN. Y acompañado, Dorotea. (*Llegándose á la ventana para ayudar á don Rodrigo.*) Venid, don Rodrigo: os dije que la entrada era fácil aún para vuestros años.

ESCENA IV

Dichos, DON RODRIGO

DOR. ¿Cómo anunciarle esta nueva?

ROD. (*Acabando de saltar la ventana.*) ¿Dónde me traéis, don Juan?

JUAN. A puerto de salvación. ¿Y bien, Dorotea? ¿Con que volveré á verla? ¿Qué hace doña Florinda? ¿Dónde está?

ROD. ¡En la posada de doña Florinda!

JUAN. ¿No vais, Dorotea? ¿No le anunciáis...?

DOR. (*Saliendo de su indecisión.*) Sí, la diré... Esperad aquí un momento. (Ganemos tiempo al menos.)

ESCENA V

DON JUAN, DON RODRIGO

ROD. ¿Para conducirme á esta casa os negasteis, don Juan, á seguirme al palacio del duque de Medina? ¿Por qué habré yo prometido no dejaros solo un punto? ¿En casa de doña Florinda!

JUAN. ¿Pudiera yo llevaros á otra parte?

ROD. ¡A una casa adonde os plugo traer al conde de Santa Fiore, y acechada tal vez por sus parciales, á una casa, en fin, donde podéis encontrarle á él mismo!

JUAN. ¡Pluguiese al cielo!

ROD. Dios os libre, don Juan. No lo deseáis.